

POR QUÉ CADA AÑO DESDE 1805 LA MARINA BRITÁNICA CONTINÚA RECORDANDO A HORATIO NELSON

Nigel DEDMAN
Capitán de la Marina británica



UNA pregunta que me hacen a menudo es por qué en cada cámara de oficiales, y cada año el día 21 de octubre, o en una fecha muy próxima, la Armada británica brinda por el «recuerdo inmortal» de Horatio Nelson. Siempre encuentro dificultad para responder, ya que incluso yo tengo un problema con la noche de Trafalgar en el sentido de qué es exactamente lo que deberíamos estar celebrando. El nombre con el que nos referimos a este aconteci-

miento sugiere que estamos celebrando una batalla, la sexta de una secuencia de importantes victorias de la flota —y ninguna derrota— a lo largo de un periodo de once años. Por otro lado, el concepto de «recuerdo inmortal» sugiere que estamos celebrando a un único hombre extraordinario.

Pensando en la flota maltrecha que con tanta dificultad arribó a Gibraltar en el temporal que siguió a la batalla de Trafalgar, parecería que habríamos de estar llorando a aquel hombre extraordinario, como si la batalla importara poco y la Marina británica, en su momento de triunfo, hubiera sufrido una pérdida neta.

El testimonio más célebre es el de un marinero, tripulante del buque HMS *Royal Sovereign*, al que se le conoce simplemente por el nombre de Sam. Éste escribió a su padre:

«¡A nuestro querido Almirante Nelson le han matado! Así que nuestra victoria nos ha costado bien caro. Nunca le vi, lo cual me entristece y al mismo tiempo me alegra; ya que me habría gustado verle —y sin embargo todos los hombres a bordo de nuestro buque son unos tipos tan blandos que no han hecho sino maldecir sus ojos, y llorar, desde el momento en que le mataron. ¡Dios le bendiga!, hombres que han peleado como el demonio se sientan y lloran como mozas. [*Our dear Admiral Nelson is killed! So we have paid*

pretty sharp for licking'em. I never set eyes on him, for which I am both sorry and glad; for to be sure, I should like to have seen him—but then all men in our ship are such soft toads, they have done nothing but blast their eyes, and cry, ever since he was killed. God bless you!, chaps that fought like the devil sit down and cry like a wench].»

A mil millas al este, el dolor se hizo sentir en Nápoles. Samuel Coleridge lloró abiertamente en la calle y los transeúntes italianos adivinaron en seguida que era inglés, y procuraron consolarle.

«Parecía —escribió— como si ningún hombre fuera un extraño para otro; todos se convirtieron en conocidos unidos por una angustia común. [*It seemed—he wrote—as if no man was a stranger to another: all were made acquaintances by common anguish*].»

El efecto que tuvo Horatio Nelson en la imaginación colectiva del público británico era casi sobrenatural. Siempre fue una celebridad, desde luego, pero había algo más. Con una sola, y reciente, excepción la de la princesa Diana, uno podría decir que la expresión multitudinaria y espontánea de dolor que su muerte provocó en el Reino Unido no ha tenido igual en la historia, ni antes ni después.

Cuando la noticia de la batalla llegó a zonas de Gran Bretaña que él nunca visitó, había personas que a pesar de que no le conocían estaban rotas de dolor. El diario *The Times* reconoció:

«No sabemos si llorar o alegrarnos. [*We do not know whether to mourn or rejoice*]. El día de su entierro en Londres, el 6 de enero de 1806, la multitud que abarrotaba las calles era inmensa, y silenciosa salvo por un sonido como de suspiro, como una ola que avanzaba por delante del coche fúnebre, a medida que espontáneamente miles de personas se quitaban el sombrero y con respeto se descubrían la cabeza. [*The crowds along the streets were immense, silent except for a sighing sound like a wave advancing ahead of the funeral carriage as, unbidden, thousands of hats were removed and heads respectfully bared*].»

Así que ¿por qué seguimos sintiendo un respeto reverencial por este hombre que murió hace casi 200 años? Pues bien, porque se trata sencillamente de un genio, un fuera de serie histórico, y eso es todo lo que hay. Lo cual es todavía más impresionante si se tiene en cuenta que Nelson probablemente no habría llegado muy lejos en la Marina británica de los tiempos de paz de hoy en día: era delicado, y a menudo tenía problemas de salud y desde luego problemas de mareo; era un patriota fanático; su vida privada habría sido el blanco de la consabida mojigatería de lo que se tienen hoy por normas de comportamiento público; con frecuencia, en tierra, hacía el ridículo poniéndose sombreros estrafalarios y estrambóticas condecoraciones extranjeras; sus

buques tenían fama de estar poco ordenados; su dominio de las maniobras de navegación no era todo lo bueno que se podría desear; sus intentos de realizar operaciones conjuntas eran desastrosos, y sus solicitudes de reembolso de gastos eran más que dudosas.

Si le comparamos con Napoleón, con quien se cruzó en medio de la niebla una noche en el Mediterráneo en 1798, vemos lo que, a título personal, no hizo. No causó grandes trastornos organizativos y administrativos; no eliminó las normas de funcionamiento de la flota para volver a empezar desde el principio; no revolucionó la forma de hacer la guerra. No tuvo ni la posibilidad ni la necesidad de hacerlo. Y, a pesar de todos los riesgos que corría, nunca provocó estragos por ir demasiado lejos (como lo hizo Bonaparte en Egipto, España y Rusia). Nelson funcionaba dentro de unos parámetros que en su mayoría se habían explorado y puesto a prueba antes de que él naciera, o (digamos) en el año siguiente al de su nacimiento: «1759, el Año de las Victorias» (y el año en el que se empezó a construir el buque *Victory*).

Situémosle entonces en su contexto vocacional. En el momento de Trafalgar, Gran Bretaña había estado en guerra durante dos de cada tres de los anteriores 67 años. A diferencia del Cuerpo de Oficiales del Ejército de Tierra, cuyo amateurismo institucionalizado obedecía a una política deliberada de la Inglaterra poscromwelliana, el cuerpo de oficiales de la Marina del rey llevaba desde la época de Pepys, desde hacía casi un siglo y medio, en proceso de constante profesionalización. Nelson y sus contemporáneos pertenecían a una elite militar que se había curtido en las batallas y había cosechado éxitos acumulativos como no lo había hecho nadie después de las legiones romanas.

Nelson era *simplemente* —si uno puede usar la palabra simplemente de semejante hombre— el enésimo (si bien el último) de una sucesión generacional de guerra marinos cuya maestría profesional determinó la futura geografía política del planeta, y que siguen generando un cierto respeto por la Marina británica dos siglos más tarde. Hombres como, por ejemplo:

- George Anson, quien, por su dominio del arte de la navegación y de la logística, acabó con la noción de que el bloqueo de los puertos del oeste de Francia sólo podría ser una actividad estacional. «Permanecer en el mar en época invernal» fue la norma que él estableció (una norma que habría supuesto nuestra derrota en el Atlántico sur en 1982 si esa guerra se hubiera prolongado mucho más).
- Edward Hawke, quien demostró los premios espectaculares que se podían ganar corriendo riesgos calculados.
- George Rodney, quien, al romper la línea, descubrió la vulnerabilidad al desbaratamiento al que está expuesto un enemigo cuyo sistema está basado en el orden y el control.
- John Jervis, el gran formador de hombres, quien luchó por elevar a sus subordinados por encima de la necesidad de supervisión, favoreció a

Nelson y fue ampliamente recompensado por ello en cabo San Vicente.

- Adam Duncan, por quien, por estar con él en Camperdown, Nelson habría dado su otro brazo, y cuya táctica era precursora en gran medida de la que se empleó en Trafalgar.

A diferencia de los franceses que, bloqueados y confinados en puerto, buscaban soluciones sistémicas a los problemas tácticos, de carácter teórico e intensivas en control (y seguían perdiendo), estos marinos y centenares de otros no tan conocidos buscaban una orientación doctrinal en su considerable acervo de conocimientos especializados y experiencia empírica.

Ya he mencionado las seis victorias de la flota en esos once años culminantes. Hace poco un historiador estadounidense calculó que la Marina británica no habría podido conservar el dominio de los mares durante las guerras de la Revolución francesa y napoleónicas si hubiera dependido de la producción de «buques de línea» (los de 74 cañones) que construían los astilleros británicos. Se las arregló robando los buques de los demás, hasta un total de 121 (franceses, españoles y holandeses), a cambio de cuatro de los suyos. Una especie de «préstamo-arrendamiento» [*lend/lease*], sin el consentimiento de los donantes. Señalar que el 80 por 100 de este número no correspondía a las victorias de Nelson no supone despreciar el 20 por 100 que sí correspondía.

Así que, ciertamente, el aura de Nelson estaba dotada de un poder casi místico. Pero si se hubiera convertido en pastor de la iglesia como su padre o hubiera muerto en cabo San Vicente o Tenerife, uno no puede postular en serio que por ello Gran Bretaña habría perdido la guerra en el mar. Después de Copenhague, Nelson afirmaba haber participado en 105 batallas navales. No sé si hablaba en sentido figurativo o (en caso contrario) cuál era la base de sus cálculos. Pero debió haber numerosos marinos con una experiencia similar o incluso mayor en su hoja de servicios. Los escalafones de oficiales superiores bullían de hombres capaces y seguros de sí mismos, seleccionados por la misma escuela empírica del combate, que estaban preparados, capaces y deseosos de tomar el mando, y de ganar. Después de Trafalgar, Villeneuve, célebremente, y con sólo una pequeña exageración, dijo:

«Para cualquier otra nación la pérdida de Nelson habría sido irreparable; pero en la Flota británica frente a Cádiz, cada capitán era un Nelson. [*To any other nation the loss of Nelson would have been irreparable; but in the British Fleet off Cadiz, every Captain was a Nelson*].»

El propio Nelson, sin embargo, elevó la capacidad operativa de «excelente» a «sublime», y destacó muy por encima de sus competidores coetáneos. Pero yo calcularía que unos 130 pies de la columna de 143 pies desde la que Nelson contempla la plaza de Trafalgar representan lo que en aquel entonces

era el grado habitual de competencia de la marina de la que con razón se ha convertido en símbolo histórico. Él, que gozó de la confianza de astutos padriños como Samuel Hood y John Jervis, y quien devolvió el escalafón a Lord Barham en 1805 con las palabras:

«Elija usted mismo, Señor, el mismo espíritu impulsa toda la profesión» [*Choose yourself my Lord, the same spirit actuates the whole profession*],» (sería el primero en reconocerlo).

Por ello, el «recuerdo inmortal» por el que brindamos cada año no es tan sólo el del inimitable, irrepetible Horatio Nelson, un hombre de un ingente carisma electrizante y un encanto magnético, sino también de aquella secuencia de seis victorias de la flota (y ninguna derrota) y de aquellos 121 buques de 74 cañones capturados. En definitiva, honramos la institución de finales del siglo XVIII que le llevó al mar, le entusiasmó, le preparó, le identificó como digno de promoción, tuvo el sentido común de pasar por alto aquellas de sus cualidades que no eran las de un marino de alto rango y, al final, le habría seguido a cualquier parte y se habría enfrentado al mundo entero. Y eso es lo que hizo. Eso, concluyo, es lo que celebramos en las cámaras de oficiales de la Marina británica cada año cuando levantamos nuestras copas para brindar por el «recuerdo inmortal» de Horatio Nelson.

